

ESPEJO DE
PERDIDAS LEJANÍAS

a Rafael Juárez

Colección:

FIDELIS  MEMORIAE

ESPEJO DE PERDIDAS LEJANÍAS

a Rafael Juárez



COLECCIÓN:



N.º 02

- © De la edición: Entorno Gráfico Ediciones
- © De los poemas y los textos: Los autores

ISBN: 978-84-16319-92-3

Depósito legal: GR 74-2021

Edita: Entorno Gráfico Ediciones

Pol. Ind. La Vega, nave 18

18230 Atarfe (Granada)

Tfno. 958 43 18 24

www.entornografico.es

info@entornografico.es

Imprime: Entorno Gráfico (Atarfe)

Pedidos: www.entornografico.es
www.editorialentornografico.es
www.abacografico.es

Impreso en España / Printed in Spain

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en la Ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

RAFAEL JUÁREZ, POETA PARA SIEMPRE

Podría comenzar acudiendo a consabidas palabras de consuelo y afirmar así que nos queda su poesía y que en su obra podremos atisbarlo y seguir el diálogo, junto con todos los etcéteras que puedan aportarse, pero no me valen. Por esta vez, no me sirven para nada ante la certeza de la gran pérdida que supone la temprana muerte de Rafael Juárez, una persona cabal y buena como pocas, un amigo de verdad. Me he quedado sin su mirada honda y sin su palabra generosa. Para siempre. Así es que desando este camino para recordar algunas de mis impresiones lectoras de su poesía de la que me ocupé en tres ocasiones, entre 1996 y 2001 (v. *La aguja del navegante*, 2002). Es todo lo que puedo aportar ahora, además de dar cuenta de mi desconsuelo.

I

Mi primer artículo se ocupó de *Aulaga* (1995), un libro cuyo título apunta ya al reconocimiento de la vida natural como referente más inmediato y en la que Rafael enreda especularmente su voz a través de treinta poemas apretados como semillas. Con *Aulaga*, continuaba así la trayectoria de libros como *La otra casa* (1980), *Emblemas y conversaciones* (1982), *Correspondencia* (1984), *Fábula de fuentes* (1988) y *Las cosas naturales* (1990), entre otras publicaciones sueltas. Estos libros, de sobria factura poética y cuidada presentación material, se asientan con voz propia en la mejor tradición de nuestra lírica, esto es, guardan un aire de familia que dice Antonio Carvajal, lírica que ha hecho de la concisión un difícil procedimiento expresivo que late con trabajada facilidad en manos de poetas como Machado, Jiménez, Lorca, Carvajal, entre otros. Pero es más, al igual que estos poetas, Rafael Juárez se proyecta desde su profunda cultura sin adjetivos, lejos

de todo prurito exhibicionista, esto es, naturalmente, en el mundo que le rodea, nombrando con tanta morosidad como con exactitud poética la naturaleza sometida al devenir del tiempo y de la historia, al par de las estaciones climatológicas. De esta manera, el poeta se sirve inicialmente de la palabra como doble vía, de reconocimiento y de salvación, ante tanta inanidad (“La luz a las espaldas / camino de las cumbres, / sabiendo que no hay nada”), falsedad y silencio existenciales desde la profunda y turbadora certeza de cuanto existe en inmutable apariencia fuera de él: las cosas naturales. Es, pues, *Aulaga* un libro-cuaderno de observación, en el que el poeta se detiene íntimamente en el mundo de lo real palpándose especularmente los pliegues de su complejo mundo interior desde la ladera que domina un anchísimo y febril horizonte, en el que a veces sus ojos descansan de mirarse adentro. Todo ello en tono de madura gravedad que cuaja en poemas de transparente factura y sostenida musicalidad verbal que confirman la sospecha teórica de que tal vez la belleza sea una trampa, al igual que la belleza femenina o masculina, animal o vegetal, constituyen medios para la reproducción de la especie: ¿Para qué si no la amarilla belleza de la aulaga? El libro consta de tres partes, tituladas “Aulaga”, “La muerte sin ventaja” y “Pasar las cosas”, en las que se mezclan, respectivamente, poemas de tan clara como densa uniformidad y corta andadura, con los de mayor aliento de la segunda parte para cerrar el poemario con nueve poemas encadenados por un ritmo ternario. Por lo que respecta a la red de motivos temáticos desplegada a lo largo y ancho de la vida natural, ésta se encuentra nutrida por el tema de la muerte, el ser y estar del poeta, la soledad, el propio quehacer poético.

II

En una siguiente ocasión, me ocupé del poema “Soneto del día más largo” con el que cerraba la hermosa antología *Cuando hablamos* editada en la colección Espada de Luz. Su lectura me había provocado una contenida emoción y recuerdos indelebles. Pues bien, la equilibrada factura y transparente contención formal del texto, así como su sostenido ritmo – clásicos versos endecasílabos, acentos dominantes en sílabas pares, rima total– dan cauce a una reflexión poética sobre la vida y la radio. El poema es desde el título una alegoría de la vida, apoyándose en una serie de elementos simbólicos de larga tradición –el amanecer o despertar a la vida, la mañana o juventud, la tarde o madurez, la noche o etapa previa a la muerte–, al tiempo que puede funcionar también como una suerte de tan machadiano como breve poema de un día, un día cualquiera de la vida, con su amanecer, su mañana, su tarde y su noche, en el que la radio nos acompaña de principio a fin. En todo caso, el título, tomado intertextualmente de una conocida película, en la que música y acción resultan fundamentales por encima de la palabra, nos orienta a seguir el camino interpretativo primero. En este sentido, el sujeto poético habla de su vida y recuerda el amanecer de su infancia con la radio y la hornilla encendidas a un tiempo para, en el segundo cuarteto, simbolizar con la mañana-juventud la etapa de los primeros amores con su permanente música de fondo –resulta eficaz el uso intertextual del título de una muy escuchada canción de Simon & Garfunkel, “Puente sobre aguas turbulentas”, con lo que alude también a esa etapa agitada de la vida–, así como el tiempo de la pasión por el fútbol, pasión por un soñado equipo –el Betis, probablemente, si nos dejamos guiar por el famoso dicho de su afición que lo pone por encima de toda derrota– cuyos partidos sigue a través de la radio. Después, su compañía en las múltiples activi-

dades cotidianas —el vivir pequeño— de la madurez, creando mundos mentales paralelos y, finalmente, en el último terceto, el sujeto poético, hablando en tiempo presente, alude a esos momentos de la vida de soledad e indefinición, fuera del hogar y de la radio a él vinculado (“Después silencio y no saber quién eres”) previos al encuentro de la persona amada con la que compartir la vida y la radio (“oyen la radio dos que son iguales”) antes del sueño final, esto es, antes de que llegue la noche-muerte a cerrar definitivamente el ciclo del día más largo, momento en el que se halla instalado el poeta.

La emoción que provoca el poema es resultado de un cálculo creador y de un sabio manejo de elementos simbólicos recurrentes en nuestra cultura y de elementos en principio y aparentemente intrascendentes de la experiencia cotidiana. Así, por poner algún ejemplo, el poeta mantiene la tensión lectora hasta el final, hasta que en el último terceto habla en tiempo presente y da la clave imprescindible para saber de qué se venía hablando a lo largo de todo el poema, pues no conocemos la identidad del sujeto ausente de los verbos “se encendía”, “repetía”, “sirvió” y “puso” hasta el último verso. Este recurso de mantener la tensión ya tiene su anuncio previo con el empleo del hipérbaton del primer cuarteto, así como resulta muy eficaz el empleo de un verbo —“se encendía”—, con el doble valor de conexión de un circuito eléctrico y de comienzo de la combustión de un cuerpo, lo que induce al lector a usar indistintamente tales acepciones ante la ausencia de sujeto. Esta significación se va completando con la insistencia en los efectos de ese encenderse, al plantear que la radio es la luz que alumbra la niebla o da luz sobre la luz de la alegría infantil. En fin, desde el latente fuego del recuerdo, como la hornilla-radio que nunca se apagaba en la casa una vez encendida, el poeta efectúa un recorrido por los momentos cruciales de su vida tomando la experiencia

vital de la radio como perspectiva desde la que efectuar esa indagación íntima llena de serena y madura aceptación de lo vivido y de lo por vivir antes de que el sueño cierre sus ojos.

III

Finalmente, la aparición en 2001 de la antología *Para siempre* fue el motivo de que volviera a escribir sobre la obra de Rafael Juárez por lo que la misma podía suponer de inmejorable acceso para el lector que quisiera penetrar en el claustro de su poesía, una poesía contenida y densa, que atrapa la luz como un agujero negro y apunta con sus versos contados a las cuatro verdades últimas en que se resume una vida cualquiera, sin alzar poéticamente la voz, esto es, sin más excesos que la generosidad e inteligencia creadoras.

En esta antología, como queda señalado al principio de la misma, los poemas brillan además con su propia luz sin verse arrastrados por el conjunto del libro donde su autor tal vez los fuera colocando en su día como una tesela para que dieran su sentido al mosaico del libro, al tiempo que lo recibieran de él. Por otra parte, el hecho de que *Para siempre* recoja un centenar de poemas convierte la cuidada publicación en una muy representativa muestra de la obra poética completa de Rafael Juárez, dado que nuestro poeta, como así lo deja dicho, no ha querido nunca ser un autor prolífico, convencido de que la concisión es una conquista de la poesía. Pero no acaban aquí las virtudes de este libro antológico, pues ofrece además algunos poemas de los años ochenta inéditos, así como adelantos de dos futuros libros. Éstos y el resto de poemas se ofrecen en cinco secciones que toman su título —y orden interno— de los libros *Otra casa* (1985), *Las cosas naturales* (1990), *Aulaga* (1995), *La herida* (1996), *Lo que vale una vida* (2001) del que en todo caso toma el impresionante soneto “Lo que vale una vida” para ofrecerlo como poema liminar. En cuanto al título, según

razona el autor, es una forma poética de decir *poesía*, pues “los poemas se hacen, o se deberían de hacer, para la perennidad, para la memoria”.

Frente a los territorios selváticos de tantos y tantos poetas en los que sobresalen las especies poéticas dominantes que todo lo inundan, el territorio de la poesía de Juárez se asemeja más al de un jardín en el que una amorosa mano cuida de la coexistencia de un variado conjunto de especies poéticas que hacen que ese limitado espacio resulte complejo y rico. Un centenar de no muy extensos poemas bastan en consecuencia para dar cuenta de un universo poético en el que, además, la vida natural y los mil rostros de su presencia le son de preciosa utilidad al poeta para construir el paisaje estético y moral, interior y exterior, de una poesía también esencial en el tiempo, una poesía memorable no sólo por la factura de sus versos —canciones, décimas, sonetos, etc.—, sino por la altura y profundidad de su proyecto estético. Así, el paso del tiempo, que tan pocas cosas respeta y que aviva la hoguera en la que arden vorazmente las modas de todo signo en el carrusel sin fin de la producción y del consumo, tal vez salve a esta poesía proyectándola a más vida. Tal vez sea, en efecto, poesía para siempre, es decir, poesía que durará lo que seamos capaces de mantener nuestra cultura literaria, esto es, el tiempo en que la escritura no se convierta en documental letra muerta incapaz de ser ejecutada por sus lectores.

Me sobran los adjetivos para hablar de esta poesía y no son pocas las categorías críticas que me servirían de ayuda para dar cuenta final de lo que vale esta obra. Sólo puedo decir que en la frontera de sus versos habito desde hace años y con ellos miro lejos y miro hacia dentro y descubro el mundo que me rodea y el territorio de los sentimientos y con ellos nombro el amor y temo la muerte y amo la vida y siento el tiempo en plenitud y habito los otoños y primaveras y me

nutro de una sabiduría en versos medidos que hace simple lo complejo y convierte en complejo lo más simple y siento mi humana raíz. Con esta poesía sé lo que vale la vida.

Rafael Juárez, poeta para siempre.

Antonio Chicharro